

La apuesta geopolítica de las transnacionales mineras en el Congo

Pierre Baracyetse*

A lo largo de la última década se ha ido imponiendo, paulatinamente, un “nuevo orden mundial” cuyos únicos beneficiarios son las empresas transnacionales. Aprovechándose de las privatizaciones y de la apertura de mercados impuesta a los países del Tercer Mundo por las organizaciones financieras internacionales, estas empresas intentan crear, en el seno de estos países, auténticas entidades políticas —como Estados dentro de un Estado— con el fin de colmar el vacío dejado por las antiguas entidades coloniales y siempre para defender sus intereses. La República Democrática del Congo no es una excepción a este fenómeno. Mas bien al contrario: sufre sus consecuencias más que cualquier otro país. Intentando aprovecharse de las riquezas del subsuelo congoleño, las transnacionales no tienen reparos en asociarse con grupos armados e incluso fomentar rebeliones, como está ocurriendo en la actualidad. Actuando con el único objetivo de defender sus intereses, fomentan la inestabilidad de la región con un total desprecio hacia la población, que debería ser, sin embargo, la única beneficiaria de esas riquezas.

La República Democrática del Congo (RDC, ex Zaire) es un tesoro geológico, sobre todo al sureste de Katanga, donde se encuentran las mayores reservas mundiales no explotadas de cobre, en la zona denominada en inglés el *copper-belt* (el cinturón del cobre), que se extiende hasta Zambia.

En 1978 la RDC era la mayor productora mundial de este metal, con unas 500.000 toneladas al año. Esta producción se redujo a 30.000 toneladas anuales en 1995, debido al nefasto mantenimiento de las infraestructuras de la mina principal, Kamoto, en Kolwesi, en la cual una sección se derrumbó en septiembre de 1990. Su producción suponía el 33% de la producción de la empresa Générale des Carrières et des Mines

* Ingeniero de minas, Congo. Artículo publicado en *Puissance et hégémonie, les origines de la tragédie africaine*, Informe de SOS Rwanda - Burundi, asbl, 2000.

(Gécamines), el mayor proveedor de divisas del Tesoro público del país. La falta de mantenimiento y de modernización de las infraestructuras mineras eran fenómenos corrientes en Zaire, debido no sólo a la caída de los precios internacionales del cobre sino, sobre todo, a la mala gestión del Estado por parte de los sucesivos Gobiernos del régimen de Mobutu Sese Seko.

La RDC es también un escándalo geopolítico y un fracaso en la consecución de estabilidad política a partir de abril de 1990. Esto ha incentivado a las grandes transnacionales mineras a darle la espalda e invertir en otros lugares durante los últimos años, sobre todo en Zambia, Chile y en la antigua Unión Soviética.

Las empresas mineras, al asalto de la RDC¹

¿Cómo explicar el nuevo interés de las empresas mineras en África central? ¿Cómo se perfila la futura explotación de los recursos de la región africana de los Grandes Lagos bajo las nuevas autoridades? Las respuestas se pueden encontrar en la dinámica de dos acciones convergentes:

La primera acción

Son las presiones ejercidas por las organizaciones financieras internacionales sobre los países de la región, para que reembolsen sus deudas. Muchos países en desarrollo han contraído, ante numerosas instituciones financieras como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), deudas enormes que no logran devolver. En muchos de estos países empobrecidos, los bienes nacionales y la ayuda internacional han sido derrochados por políticas de despilfarro, como fue el caso en Zaire, bajo el régimen de Mobutu Sese Seko. La caída de los precios y de la producción de algunas materias primas, la dejadez y la corrupción de los Gobiernos, dejan a estos países en vías de desarrollo en situaciones comprometidas ante los proveedores de fondos internacionales. Para lograr cumplir el calendario de vencimientos y reembolsos de sus deudas, las organizaciones financieras internacionales les obligan a poner en marcha políticas económicas que se pueden resumir en tres decisiones de escasa popularidad:

- 1) Recortes en los servicios prestados por el Estado, sobre todo en el sector social de base (educación, sanidad...).
- 2) Privatización de las empresas estatales.
- 3) Devaluación de la moneda local, cuya repercusión sobre el nivel de vida de la población siempre ha sido infravalorado.

¹ Toda la información de este artículo está destinada a aquellos que quieren seguir de cerca la evolución de la caótica situación que castiga la región de los Grandes Lagos de África. Esta información proviene de mi propia experiencia sobre el terreno, de mis investigaciones y de múltiples fuentes.

La segunda acción

Se refiere a las profundas transformaciones que ha conocido el sector minero mundial en los últimos años. Las transnacionales mineras se aprovechan también del impulso privatizador. La década de los setenta se caracterizó por la nacionalización de algunos sectores industriales, sobre todo aquellos ligados a la explotación de los recursos naturales. Estas nacionalizaciones formaban parte de la estrategia de desarrollo de un gran número de países africanos. El movimiento contrario se desencadenó en 1993. Entonces, el 18,5% del valor de conjunto de la producción minera mundial (excluyendo el petróleo) estaba en manos de empresas estatales. En 1994 esta proporción se situaba en el 16%, y se preveía que alcanzaría el 14% a finales de 1996. En un principio, la privatización de las minas fue mayor en los países desarrollados: de junio de 1995 a mayo de 1996, se invirtieron, en estos países y en adquisiciones de este tipo de empresa, 2.200 millones de dólares, lo que supone el doble del año anterior. La proporción del sector minero de los países occidentales que estaba en manos del Estado se redujo un 40% en este período. Esta disminución sólo ha sido del 6% en los países en desarrollo.

En estos países, las exportaciones de materias primas representan la mayor parte de los ingresos del Estado. Los problemas sociopolíticos relacionados con las privatizaciones son, por tanto, mayores que en otros lugares. Esto explica que, tras una primera oleada de privatizaciones, las voces críticas se hayan hecho oír cada vez con mayor virulencia en los países en desarrollo. Se han pospuesto acuerdos negociados hacía tiempo. Varios países del Sur invitan, desde entonces, a los “inversores” a crear nuevas empresas, en vez de comprar las antiguas empresas estatales. Esto no interesa excesivamente a los inversores que pretenden lograr un rendimiento rápido sobre la inversión inicial. En este contexto se debe situar el reciente interés por la región de los Grandes Lagos de África.

Detrás de la tragedia que vive África central desde 1990 —inmediatamente después del fin de la Guerra Fría— hay una apuesta importante de las transnacionales mineras. Los recursos mineros en otras partes del mundo ya están muy merendados e incluso agotados, y los que se siguen explotando presentan gastos demasiado elevados. Los grandes financieros, cazadores al acecho de riquezas mineras, tienen la mirada puesta sobre África central, región donde los yacimientos son vírgenes o están mal explotados y son susceptibles de abrir mercados a los grandes capitales.

El hundimiento de la Unión Soviética y el bloque del Este ha dejado al planeta en las manos del capital internacional. La desaparición del bloque comunista puso punto final a una bipolaridad surgida de la II Guerra Mundial y desde entonces se ha favorecido el rápido ascenso al poder de las empresas transnacionales, contra cuya expansión y estrategias no existe actualmente fuerza capaz de resistir. Para proteger su capital, los financieros requieren una política económica y financiera ajustada a sus necesidades, por lo que las transnacionales mineras se pelean por los pedazos más rentables de África central, con el beneplácito de las tendencias políticas o las “rebeliones” que se les asocian y que incluso, a veces, son creadas por ellas.

En 1996, cuando los rebeldes anunciaron la toma de las principales localidades de la RDC, los medios de comunicación no tardaron en relatar su importancia económica mientras presentaban a los protagonistas, hasta entonces desconocidos: grandes grupos financieros interesados en la explotación de los recursos mineros del Congo. Entre ellos, la Consolidated Eurocan Ventures del Lundin Group; Barrick Gold Corporation (BGC), hoy en día la segunda mayor productora mundial de oro; Anglo American Corporation (AAC) de Suráfrica, la mayor empresa minera del mundo, excluyendo a las petroleras. También hay que incluir a otras, más “pequeñas” y menos conocidas, pero que se atreven a hacer frente a las grandes en una zona de crisis: la American Mineral Fields Inc. (AMFI), su socio la American Diamond Buyers y otras muchas, de Estados Unidos, Canadá, Suráfrica, Uganda, Bélgica, Israel...

La AMFI, creada en 1995, es un instrumento para ejecutar la voluntad económica de los grupos financieros occidentales en África y para saciar, gracias a la RDC, el apetito de empresas estadounidenses cuyos dirigentes participan en las grandes apuestas estratégicas mundiales que inciden sobre la ciencia, la tecnología, las finanzas, la industria e incluso la política. Con enormes cantidades de capital a su disposición, estos grandes grupos lograron iniciar una lenta transformación que llegó a su madurez a mediados de los años noventa. Las empresas transnacionales ya no se contentan actualmente con dictar sus leyes a los Gobiernos del mundo, incluso a los más poderosos, ni con controlar esos Estados. Su ambición es la constitución de un nuevo orden mundial, por medio de nuevas entidades estatales creadas por ellas mismas y que funcionarían como órganos suyos (cabe recordar la famosa frase de George Bush al inicio de la guerra contra Irak: “Vamos a instaurar un nuevo orden mundial”).

Los medios militares que poseen estos grupos les permiten imponer su voluntad frente a instituciones nacionales y Gobiernos; tomar posesión de un Estado o comprarlo en su totalidad, pero también destruirlo, desmembrar las estructuras existentes y crear una nueva entidad estatal que funcione como una simple filial, un establecimiento o un vulgar puesto comercial. En la actualidad ninguna institución, ninguna organización nacional o internacional, ningún Gobierno, ningún país —y obviamente ningún individuo, aunque sea presidente de un país— puede resistirse a estos nuevos dueños del mundo. Monstruos sin cabeza, las poderosas empresas transnacionales, gracias a sucesivas megafusiones, aumentan su tamaño a la vez que su poder y su capacidad de hacer sufrir a las poblaciones (insignificantes a sus ojos). Estas potencias financieras se han propuesto la reconquista y reforma de los países del mundo, volviendo a dibujar las fronteras, como en la antigua Yugoslavia, y forzando la creación de nuevos Estados, como en los Balcanes, en Asia central y, dentro de poco tiempo, en África central.

África está en el punto de mira de estas apuestas planetarias. Con cerca de un tercio de las reservas mundiales de materias primas y abandonados paulatinamente por las antiguas potencias coloniales —tanto desde el punto de vista de la cooperación (ahora en manos de las ONG) como desde el punto de vista militar—, los países africanos se han convertido en presa fácil para las empresas transnacionales. Para poder controlar su capital de manera más eficaz imponen a las poblaciones líderes políticos

de su elección, a menudo poco conocidos por el pueblo, que desestabilizan la región y brindan, mediante la hipocresía llamada pacificación, la oportunidad a los ejércitos de Naciones Unidas de sancionar una división de hecho que no desea el pueblo. De esta manera constituyen su propio Estado en el seno del Estado.

Los Gobiernos de las antiguas potencias coloniales occidentales ya no poseen los medios necesarios para desarrollar su política en África. Las transnacionales, propietarias y manipuladoras de enormes cantidades de capital, ocupan ese vacío e instauran un nuevo orden político dictado exclusivamente por sus intereses, en perjuicio de las poblaciones afectadas. Las dimensiones de la República Democrática del Congo (tan grande como la Unión Europea actual); su situación geoestratégica, en el corazón mismo del continente africano; sus fronteras con nueve países diferentes, además de sus riquezas mineras, la designaban como primer objetivo para el desarrollo, en África, de esta estrategia mundial.

El intento de apropiación del Congo por medio de la guerra podría permitir a estas transnacionales mineras —si la victoria se decanta por el lado de Uganda, Ruanda y Burundi, que luchan por ellas— apoderarse de las riquezas mineras congoleñas y utilizarlas según sus propios intereses. Se trata de una verdadera recolonización de África por parte del capital privado internacional. El nuevo orden que preconizan estas empresas se caracteriza por la abolición del antiguo orden político africano, que surgió de la Conferencia de Berlín de 1885, a través del desmembramiento sistemático de los antiguos Estados y la creación de nuevas entidades cuyo papel y existencia vendrán determinados por la voluntad de los dirigentes de estas empresas.

El cobalto, el cobre y compañía

Tras la caída del régimen de Mobutu Sese Seko, varios acuerdos firmados entre su Gobierno y algunos carteles fueron renovados por el nuevo poder congoleño, mientras otros fueron anulados y ofrecidos a otras empresas. El país sigue atado a una guerra financiada por las potencias occidentales en busca de oro, diamantes, manganeso, uranio y otros minerales que acompañan al cobre, como el zinc, el germanio, la plata, el plomo, el hierro... Las transnacionales mineras se mueven entre los rebeldes y las fuerzas gubernamentales para acaparar los mejores yacimientos, asegurándose de estar siempre del lado de los vencedores y forzando el destino si es necesario, con un desprecio absoluto hacia la población.

La RDC también posee reservas de cobalto que podrían ser las mayores del mundo; ya ha sido la mayor productora mundial de este mineral durante varios años. A pesar de la deplorable situación que vive y de la guerra, la RDC es en este momento la segunda productora mundial de cobalto, lo cual aviva el apetito de inversores como Lundin Group (sobre todo porque el precio de esta materia prima se ha duplicado desde 1991, tras el derrumbe de la mina de Kamoto, en Kolwesi, Katanga, la mayor productora del mundo).

Muchas de las empresas estadounidenses que participaron en la creación de la American Mineral Fields Inc., en 1995, están involucradas e interesadas en el contrato para la construcción de la plataforma orbital que sustituirá a la estación rusa MIR. Se trata de un negocio valorado en 60.000 millones de dólares, que concluirá en el año

2004 con el lanzamiento del último módulo. Empresas de sesenta países diferentes participan en el proyecto. Las aleaciones especiales necesarias para la construcción de varias piezas de esta estación espacial requieren enormes cantidades de metales escasos y preciosos, como el cobalto, el niobio, el tungsteno o el oro, todos presentes en el subsuelo congoleño. La sustitución del antiguo “orden” político de Mobutu Sese Seko, desprovisto de infraestructuras económicas, de medios financieros, de fuerzas armadas y completamente regido por AMFI, era uno de los objetivos iniciales del conflicto apadrinado por Estados Unidos.

El 1 de diciembre de 1996 se firmaron acuerdos entre la Consolidated Eurocan Ventures, una de las integrantes de Lundin Group, y el Gobierno de Leon Kengo, para la explotación del cobre y el cobalto en la concesión minera de Tenke-Fungurume de la Gécamines en Katanga (Shaba). Este yacimiento contendría las mayores cantidades de cobre (4,42%) y de cobalto (0,33%) en el mundo. En el año 2000 se extrajeron 100.000 toneladas de cobre y 8.000 de cobalto. Esta producción podría aumentar hasta las 400.000 toneladas de cobre y cerca de 17.000 toneladas de cobalto en 2010. Todo ello bajo la supervisión de Consolidated Eurocan Ventures, que controla el 55%, y de la Générale des Carrières et des Mines (Gécamines), empresa del Estado congoleño desde 1967, que controla el 45%.

Los acuerdos estuvieron a punto de ser suscritos por dos de las mayores empresas mineras surafricanas, GENCOR e ISCOR, más especializadas en la extracción y tratamiento de cobre y cobalto, pero al final se prefirió la oferta canadiense de Lundin Group. Esto explicaría la postura de Suráfrica en el conflicto que tiene lugar en la República Democrática del Congo.

En marzo de 1997, tras la toma de Kisangani por la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL) de Laurent-Désiré Kabila, los jefes de la AMFI instalaron su cuartel general en Goma para entrar en contacto con las autoridades de la Alianza. El contacto tuvo lugar gracias a un antiguo coronel belga, Willy Mallants, consejero militar de la AFDL y antiguo asesor militar de Mobutu Sese Seko. La AMFI logró llevarse la concesión frente a sus rivales, que incluían a la poderosa AAC-GENCOR. Hay que destacar que la relación entre ambas empresas es bastante opaca, ya que cuatro administradores de la AMFI trabajaron anteriormente, durante varios años, con la AAC.

El 16 de abril de 1997, un mes antes de la entrada de las tropas de Kabila en Kinshasa, la AFDL firmó tres acuerdos con la American Mineral Fields Inc. (AMFI), empresa canadiense que opera desde el Estado de Arkansas —en el feudo del ex-presidente de Estados Unidos, Bill Clinton— y cuyo accionista principal es Raymond Boule.

El 2 de mayo de 1997, dos semanas antes de la huida de Mobutu Sese Seko y tras ratificar los acuerdos suscritos por el Gobierno de Leon Kengo, la AFDL se hizo con una cantidad de 50 millones de dólares en una transacción de 250 millones. Se prometió el pago de los restantes 200 millones en los cuatro años siguientes. El proyecto en su conjunto estaba valorado en 1.500 millones de dólares.

La empresa Consolidated Eurocan Ventures, filial de Lundin Group, juzgó que había realizado un gran negocio. Efectivamente, ya en los años setenta se habían realizado estudios de rentabilidad que presentaban una estimación cercana a los 268

millones de dólares, por parte de un consorcio internacional que incluía a Anglo American, Amoco y Mitsui, empresas experimentadas en la extracción de estos metales. Consolidated Eurocan Ventures estimó que sus gastos de capital iniciales no supondrían más de 300 millones de dólares, ya que podía emprender la producción con las infraestructuras existentes. Pero tuvo que asumir grandes riesgos y Adolf Lundin, que conoce bien estas operaciones mineras, declaró que, “si se quieren grandes yacimientos, hay que ir a los países que no están de moda”.

Los medios de comunicación también han desvelado la audacia de Jean-Raymond Boulle durante la guerra de liberación. Éste afirmó que “veía nacer una nueva era en el Zaire (...) Había un cierto riesgo, pero para la AMFI era lógico”. Otras empresas menos osadas, como la Union Minière Belge, que había llegado a firmar un acuerdo con Gécamines en 1996, esperaron a ver como se resolvía la situación política en la RDC. Esta empresa belga —asociada a la AAC en la explotación minera de una mina de cobalto y cobre en Kasomba y de otra en Kolwesi— fue muy prudente, pero su inversión inicial ya se habría rentabilizado, según el presidente de su consejo de administración, Etienne Davignon.

La empresa canadiense de Adolf Lundin es audaz y compite con las grandes empresas sobre el terreno. Se ha asociado con una empresa de seguridad, la International Defense and Security (IDAS), reconocida en Dinamarca y en las Antillas y que sustituyó en Angola a la Executive Outcome, una agencia de seguridad surafricana que fue obligada a abandonar el país. Executive Outcome estaría involucrada en el ataque y desmantelamiento de los campos de refugiados del este de Zaire en 1996, en el que se bombardearon los campamentos y las columnas de refugiados. El Gobierno de Angola suscribió con la IDAS contratos para garantizar su seguridad, pero también para la explotación de algunas minas angoleñas, a cambio de los servicios prestados en la lucha contra la UNITA de Jonas Savimbi. A su vez, IDAS entregaría la explotación de las minas a la AMFI.

Los analistas dudan que la American Mineral Fields tenga la capacidad de explotar los yacimientos cuyas concesiones ha “logrado” y consideran que podría traspasar los contratos a otras empresas más grandes y especializadas, cobrando por los riesgos ya asumidos (a menos que la empresa se transforme). Por este motivo AMFI invitó, el 10 de mayo de 1997 (una semana antes de que la AFDL entrase en Kinshasa), a varios grupos financieros estadounidenses y canadienses a visitar sus instalaciones, con el fin de mostrarles las posibilidades de hacer negocios en el Congo, además del aperturismo de los dirigentes de la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL) ante los inversores extranjeros. La redistribución de las concesiones de los emplazamientos mineros del nuevo Congo democrático a empresas estadounidenses, canadienses y surafricanas debería permitir a Kabila cumplir el pago de los intereses a corto plazo y pagar las cargas cotidianas de la máquina política y administrativa.

El papel de American Mineral Fields Inc (AMFI)

En la guerra que se vive en la RDC desde otoño de 1996, el papel de AMFI ha conocido cambios inesperados. El 2 de agosto de 1998, el ala ruandesa de la AFDL se rebeló contra el presidente Kabila. El Congo volvió a dividirse en dos polos opuestos: al

este, los rebeldes con el apoyo de Ruanda, Burundi y Uganda, y con AMFI como principal proveedor de fondos; al oeste, las fuerzas gubernamentales con el apoyo oficial de tres países: Zimbabwe, Angola y Namibia.

Sin darse cuenta de que estaba en manos de los nuevos dirigentes que pretendían crear un nuevo orden en el Congo, Kabila se había equivocado de guerra y de objetivo. Tras la victoria del AFDL, se convirtió en prisionero de los tutsis de Ruanda, Uganda y Burundi, que él mismo había nombrado para puestos clave. También era rehén militar de las tropas ruandesas, sólidamente instaladas en Kinshasa y en el este y que contaban con el apoyo de AMFI —con la que, en abril de 1997, había firmado un acuerdo para la cesión de la Gécamines—. Este acuerdo para la cesión del gigante de la economía congoleña permitió a AMFI acelerar la ejecución de uno de sus objetivos: el desmembramiento del país y su partición en microestados enfrentados, carentes de medios financieros y de infraestructuras económicas (algo similar a una balcanización). Sin ejércitos, estos Estados serían presa de la inseguridad y se encontrarían en una situación de dependencia total y absoluta de AMFI, por su poder sobre los sectores estratégicos de la economía.

El plan de la American Mineral Fields Inc no se cumplió según las previsiones. Kabila violó los acuerdos firmados en septiembre y octubre de 1996 con sus antiguos aliados, Yoweri K. Museveni, Paul Kagame y Pierre Buyoya. Los acuerdos se referían al precio que el Congo debía pagar por la ayuda brindada por estos países en la guerra de liberación, y al problema de la seguridad en las fronteras de los cuatro países. Según los términos del pacto, la revisión del trazado de delimitación de fronteras a favor de Ruanda y Uganda debería satisfacer a ambos países y favorecer los diseños geoestratégicos de AMFI, que veía con buenos ojos las ambiciones territoriales y los regímenes monoétnicos y minoritarios predominantes en Kigali, Kampala y Bujumbura. Por eso la crisis estalló en el momento en que Kabila expulsó brutalmente al contingente militar ruandés presente en el territorio de Congo-Kinshasa.

La chispa que hizo estallar la relación entre los ruandeses y Kabila no fue sólo el comportamiento salvaje de los militares ruandeses del FPR, sino la revisión de los contratos firmados con el consorcio estadounidense y canadiense AMFI en beneficio de la AAC de Suráfrica. Otro aspecto que contrarió los proyectos de AMFI en la República Democrática del Congo fue la ruptura del contrato de privatización de Gécamines, que la empresa había negociado en abril de 1997 con las nuevas autoridades congoleñas de la AFDL.

La relación de los líderes de AMFI con Yoweri K. Museveni, Paul Kagame, Pierre Buyoya y Laurent-Désiré Kabila se remonta a un época anterior a 1995, año de fundación de la AMFI. La cooperación entre uno de los directivos de esta empresa (Jean-Raymond Boule) y el tándem formado por Yoweri K. Museveni y Paul Kagame podría, incluso, haber precedido al doble asesinato de los presidentes de Ruanda, Juvenal Habyarimana y Burundi, Cyprien Ntaryamira (cuyo avión presidencial fue derribado en la noche del 6 de abril de 1994). Esta acción requería medios técnicos y ciertas garantías políticas, en términos de alta tecnología, adquisición de misiles e indispensables complicidades diplomáticas, además de la complacencia de las instancias judiciales internacionales después del hecho; unos medios y garantías que sólo la AMFI podía poner a disposición de los asesinos.

Por todo ello se puede suponer, con cierta lógica que, cuando en 1995 se funda la AMFI de forma oficial, todos los planes respecto al Congo y los demás países de la región de los Grandes Lagos ya estaban preparados, la estrategia estructurada y movilizadas los medios financieros, logísticos y militares; además de contar con el apoyo de Estados Unidos y la complacencia diplomática de las potencias occidentales. Francia — que seguiría la pauta marcada por Estados Unidos y que apoyaría sus actividades en la región— sólo comprendería más tarde, es decir, demasiado tarde, cual era el doble juego de los estadounidenses, orquestado por la AMFI, en esta parte del continente.

Esta relación se habría mantenido durante la guerra de liberación, hasta mayo de 1997. Hoy en día, la AMFI sigue desempeñando el mismo papel. Yoweri K. Museveni y Paul Kagame conocen bien los designios de la AMFI para el Congo y la región, así como el papel que se les ha asignado, la naturaleza de la causa que defienden y el papel que se dio a Kabila. Los objetivos convergentes que persiguen la empresa estadounidense y sus socios están enfrentados con los intereses de Kabila, los de la RDC y los del pueblo congoleño.

La guerra del Zaire (como la de Ruanda en 1990) se presentó como un conflicto interno de liberación política para deshacerse del mariscal Mobutu Sese Seko. La AMFI aportó un apoyo financiero, militar y logístico que fue determinante para las organizaciones comprendidas en la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL). Actualmente el armamento, los sofisticados equipos militares y las municiones que permitieron a la AFDL alcanzar la victoria contra las fuerzas armadas del Zaire siguen a disposición de Ruanda, Uganda y Burundi por parte de esta empresa, para la guerra que libran en el Congo. El Congo, por tanto, afronta una amenaza global a su propia existencia:

- Respecto a su integridad territorial, por todas las fuerzas “visibles e invisibles” que la han agredido desde 1996, empezando por Burundi, Ruanda y Uganda, que ponen en tela de juicio las fronteras heredadas del colonialismo.
- Como entidad política, por la puesta en entredicho del Estado y la sociedad.
- Como miembro de la ONU, ya que esta organización mundial no condena con firmeza a los tres países agresores, no les ordena a retirarse hacia sus territorios ni emprende ninguna acción contra ellos.
- Por la puesta en duda de su identidad nacional y cultural.
- Por la destrucción de las infraestructuras económicas y sociales.
- Por el desprecio a la dignidad y la vida de los diferentes pueblos que la componen.
- Por la guerra, la hambruna, las enfermedades, las masacres y los crímenes contra la humanidad impuestos y perpetrados por los agresores.

Los nuevos aliados de Kabila

El oeste, el sur y el suroeste del Congo —es decir, el 45% del territorio congoleño— están todavía en manos de las fuerzas gubernamentales, con el apoyo oficial de Zimbabwe, Angola y Namibia. Por motivos de alianzas y para el pago de la deuda de guerra, estimada en más de 45 millones de dólares, Kabila firmó un acuerdo con la Gécamines y la

empresa de Zimbabwe Ridgepointe Overseas Developments of British Virgin Islands, de la familia Rautenbach, que mantiene muy buenas relaciones con el presidente Mugabe; de esta manera, éste se siente más cercano a las importantes reservas de cobalto de Katanga. Esto garantiza y justifica la presencia de militares de Zimbabwe en la RDC, al lado de Kabila. Billy Rautenbach, cabeza del grupo Ridgepointe, dirige en la actualidad el comité de recuperación de Gécamines, lo cual confirma el fuerte compromiso de Zimbabwe en la resistencia de la RDC contra la guerra que llevan a cabo las tropas de Ruanda, Uganda y Burundi, además de los rebeldes congoleños.

Kabila no fue desagradecido con la Angola de Eduardo Dos Santos: el mercado de Kinshasa está abarrotado de productos petroleros provenientes de Angola. Cada año el mercado congoleño absorbe unos 600.000 metros cúbicos de carburante. Desde la visita del presidente congoleño a Luanda, a principios de 1998, 24.000 metros cúbicos de productos de petróleo desembarcan cada mes en Congo-Kinshasa. Desde entonces, las dos nuevas empresas GIP y PANACHE gozan de enormes ventajas (sobre todo de exoneraciones fiscales).

El oro de la provincia oriental

Como el cobalto, el cobre y otros minerales, el oro de la República Democrática del Congo (RDC) también es explotado por las transnacionales mineras. El sector mundial del oro está en un proceso de transformación total. Las pequeñas empresas se han fusionado para poder competir con las grandes, sobre todo con la Anglo American Corporation (AAC), de Suráfrica, la mayor productora mundial de oro. Este movimiento ha beneficiado a las empresas de tamaño medio, que han conseguido adquirir las más pequeñas. Las 49 mayores empresas (sin incluir a la AAC) controlaban, en 1995, el 56% de la producción mundial, comparado con un 37% en 1984.

Los tratos actuales en torno al oro no se pueden realizar sin tener en cuenta a Suráfrica, el mayor productor del mundo. A pesar del declive de su producción, la AAC suministraba al mercado mundial 350 toneladas de oro en 1995; su rival más cercano, la canadiense Barrick Gold Corporation, no superaba las 97 toneladas. Pero la explotación del oro en Suráfrica lleva en marcha más de un siglo y dos tercios de sus reservas ya han sido explotadas. Además, la extracción de lo que queda es demasiado costosa, sobre todo por la profundidad de las minas. La AAC se ve, por tanto, obligada a buscar otros yacimientos.

Desde hace muchos años, grandes grupos se pelean por las concesiones de oro de la provincia oriental de la RDC. De ahí que esta región siempre haya sido un enclave estratégico en todas las guerras de conquista al este del gran Congo. El monopolio ejercido por el poder público del Office de l'or de Kilomoto (OKIMO) sobre un territorio de 82.000 kilómetros cuadrados, con unas reservas estimadas de 100 toneladas, no ha dejado de molestar a las grandes transnacionales mineras, sobre todo teniendo en cuenta la mala gestión de los dirigentes congoleños. En agosto de 1996, bajo el régimen de Mobutu Sese Seko, la OKIMO ya había cedido su monopolio a la Barrick Gold Corporation (BGC), que pretendía explotar la totalidad de las reservas. Otro consorcio canadiense y belga, la Mindev, había logrado en el mismo sector una pequeña concesión de 2.000 kilómetros cuadrados.

El traspaso del monopolio de la OKIMO a la BGC es de gran importancia: en esta transacción participó un “consejo” de hombres sabios, entre ellos el ex presidente de Estados Unidos George Bush; Brian Mulroney, antiguo primer ministro de Canadá; Paul Desmarais, presidente de la empresa canadiense Power Corporation; Karl Otto Pöl, antiguo presidente del banco central alemán y Peter Munk, que tuvo que abandonar Canadá a finales de los años sesenta por el desplome bursátil de su empresa, Clairtone Sound.

Por tanto, la AMFI se sitúa por encima de las tradicionales divisiones políticas estadounidenses entre demócratas y republicanos, y abarca a dirigentes de empresas con diferentes puntos de vista. Esto da idea de su enorme poder económico, financiero y político. Un poder del que la Union Minière Belge intenta aprovecharse tras una reciente inversión de 14.800 millones de dólares, negociado por Jean-Luc Dehaene (ex primer ministro belga) con el acuerdo del presidente del consejo, Etienne Davignon.

Ante las demás empresas rivales que compiten en el mercado y en la construcción de la futura estación orbital, las empresas estadounidenses se esconden detrás de este grupo de presión y disponen de esta manera de materias primas estratégicas a un precio inmejorable ya que, si su plan y su guerra en Congo-Kinshasa tiene éxito, podrían disponer de forma soberana sobre estas riquezas mineras. Lo mismo ocurrió con el Proyecto Manhattan para la fabricación de las dos primeras bombas atómicas estadounidenses, que serían soltadas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki; el uranio procedía de la mina de Shinkolobwe (cerca de Likasi, la antigua Jadotville) en Katanga, en concepto de pago de la deuda de guerra contraída por Bélgica con Estados Unidos.

No resulta sorprendente, con tales protagonistas, que Barrick Gold Corporation sea hoy en día el segundo mayor productor de oro del mundo, tras haber realizado importantes adquisiciones en América, Asia y África. Esta empresa sólo adquiere yacimientos cuya prospección ha sido realizada por otros, con unas reservas de oro de al menos 60 toneladas, y con el objetivo de reducir al máximo sus gastos de producción. Está muy orgullosa de mantener sus gastos a unos niveles mínimos, entre 130 y 180 dólares la onza de oro (para otras empresas, ese gasto supone unos 270 dólares la onza).

Para poder aumentar los beneficios de sus accionistas, pretende reducir sus gastos un 10% adicional. Con estas condiciones es prácticamente imposible que la empresa haga algo significativo por el desarrollo de la provincia oriental de la RDC. Para minimizar sus gastos, Barrick explotaría los yacimientos de esta provincia por medio de la empresa Caled International, propiedad del general Salim Saleh,² un hermanastro del presidente de Uganda, Yoweri K. Museveni (que, en la época en que las relaciones entre los jefes de Estado de la RDC y Uganda todavía eran estrechas, hizo saber a Kabila su deseo de explotar un yacimiento en el este del Congo).

² *The Indian Ocean Newsletter* del 24 de julio de 1999 hace referencia a los dos atentados contra la vida de Salim Saleh (también conocido con el nombre de general Caleb Akandwenaiio): el periódico cita a fuentes militares ugandesas que atribuyen la responsabilidad de los mismos a atacantes ruandeses.

La atracción de Kivu-Maniema para los “rebeldes”

Kivu-Maniema, con unas reservas estimadas en unas 150 toneladas para el conjunto de las concesiones mineras de la antigua Sominki, incluye la concesión de Kamituga, cuyo oro es la principal fuente de financiación del esfuerzo bélico de los “rebeldes” que ocupan el este de la RDC. La concesión de Kamituga ha sido invadida, desde hace varios años, por “cavadores” y buscadores de oro que vuelven a explotar las antiguas explotaciones de la empresa Sominki, productora de oro y estaño en los tiempos de Mobutu Sese Seko (...).

El antiguo primer ministro zaireño Leon Kengo wa Dondo —que, como Victor Prigogyne Ngezayo Kambale (RMA), es descendiente de tutsis ruandeses— debe, sin duda, saber algo sobre los últimos contratos firmados por las empresas mineras internacionales con los Gobiernos de finales del régimen de Mobutu Sese Seko, sobre todo aquellos firmados con la AAS en enero de 1996.

A imagen de Jean-Raymond Boulle, Victor Prigogyne Ngezayo Kambale es uno de los oscuros personajes que pululan en todos los conflictos que han assolado la región de los Grandes Lagos en las últimas décadas. Desde su infancia prosperó con el contrabando de café en Kivu, hasta alcanzar la cumbre en los años setenta. Se ha convertido en el primer zaireño que hizo fortuna gracias al café y, desde el principio, fue uno de los proveedores de fondos de los rebeldes. Como sus amigos Paul Kagame, Yoweri K. Museveni y Pierre Buyoya en sus países respectivos, su ambición es llegar a ser el hombre fuerte de Kivu.

Los asesinatos, en menos de tres trimestres, de tres presidentes hutus —Juvenal Habyarimana de Ruanda, Melchior Ndadaye y Cyprien Ntaryamira de Burundi— estarían relacionados entre sí, entre otros motivos, porque en el ejercicio de sus funciones trataban de esclarecer el tráfico de las piedras preciosas de esta región, en el que Bujumbura y Kigali sirven de centros de distribución.

La región de Kivu-Maniema cae con facilidad a manos de los agresores cada vez que surgen “rebeldiones”, al ser tan fácil la extracción de oro y estaño en esta región. También fue un maná para los ruandeses de Paul Kagame durante el desmantelamiento de los campamentos y la masacre de refugiados en el este del Zaire en 1996, que se prolongó hasta la caída de Mobutu Sese Seko, en mayo de 1997. Los ejércitos monoétnicos de Ruanda, Uganda y Burundi que lucharon en esta guerra contra los soldados del antiguo Zaire, a la vez que exterminaban a los refugiados hutus desvalijaban los bancos y las minas de la región. Los jefes de estos ejércitos se han convertido en los “hombres fuertes” de África y en socios de las empresas mineras internacionales que, a su vez, financian las “rebeldiones”.

Las reservas de minerales que se encontraban en las minas fueron evacuadas por los militares ruandeses del FPR en aviones Antonov con rumbo a Kigali, como botín de guerra. También hay que incluir toneladas de columbita-tantalita (mineral de niobio y de tantalio) de las planicies de Punia y Shabunda, en la región ocupada, evacuadas en dirección a Kigali, a las antiguas instalaciones de la Societe Minière du Rwanda (Somirwa).

En su mensaje de Navidad de 1999, dirigido a los fieles de Bukavu, monseñor Emmanuel Kataliko declaró que “nuestra vida cotidiana está lejos de la alegría y de

la libertad. Vivimos bajo una dominación opresiva que nos aplasta. Potencias extranjeras, con la ayuda de algunos de nuestros hermanos congoleños, organizan guerras con los recursos de nuestro país. Estos recursos, que deberían ser utilizados para nuestro desarrollo, para la educación de nuestros niños, para curar a nuestros enfermos, en fin, para que podamos vivir de un modo más humano, sirven para matarnos. Más aún, nuestro país y nosotros mismos nos hemos convertido en objetos de explotación. Todo lo que tiene valor es objeto de pillaje, saqueo y llevado al extranjero o sencillamente destrozado. Los impuestos recaudados, que deberían ser invertidos para el bien común, se desvían. Los impuestos exorbitantes no sólo estrangulan al gran comercio y a la industria, sino también a la pobre madre que vive de su pequeño negocio. Todo este dinero que nos quitan, que proviene de nuestras producciones y que se deposita en el banco, es rápidamente extraído por una pequeña elite de procedencia incierta. Incluso nosotros, como seres humanos, no logramos escapar a esta explotación opresiva: todos aquellos que trabajan en un servicio público no cobran sus sueldos, a pesar de aportar riqueza por medio de su trabajo. Esta explotación se sostiene por una estrategia de terror que alimenta la inseguridad. Ni la Iglesia se salva. Parroquias, presbíteros y conventos han sido objeto de saqueos. Sacerdotes, religiosos y religiosas son golpeados, torturados e incluso asesinados por el único motivo de que, con su estilo de vida, denuncian la flagrante injusticia en la cual está sumido el pueblo, condenando la guerra y preconizando la reconciliación, el perdón y la no violencia. De poco sirve decir que no se ha realizado hasta el momento ninguna investigación seria para desenmascarar a los culpables y castigarlos. La decadencia moral ha llegado a un punto tan aberrante que muchos de nuestros compatriotas no dudan en entregar a su hermano por un billete de diez o de veinte dólares...”.

Los diamantes de Kasai y de Kisangani

La Central Selling Organisation (CSO) dirigida por De Beers e incorporada a la gran Anglo American Corporation (AAC) de Suráfrica, controla estrechamente el mercado mundial de diamantes. África representa cerca del 66% de la producción mundial pero el control sobre estas piedras preciosas se ha visto perturbado a partir de 1990 (por el descubrimiento de nuevos yacimientos, principalmente en Canadá pero, sobre todo, por el fin de la Guerra Fría, que ha abierto a los contrabandistas los caminos de Rusia, Angola y el Zaire).

De Beers fija no sólo el precio de los diamantes en el mundo sino también el volumen de piedras puesto en circulación cada año. Cuando la AFDL llegó al poder en Kisangani, todas los despachos se cerraron. Cuando volvieron a abrir, De Beers no quiso retomar sus actividades y las autoridades de la AFDL las atribuyeron, por 10.000 dólares al día, a la American Diamond Buyers, filial de la American Mineral Fields de Jean-Raymond Boule. En la misma época, la AFDL ofreció a AMFI la última producción de la Société Minière de Bakwanga (MIBA), la gran empresa de explotación de diamantes de Kasai, lo que hizo aumentar la rivalidad entre De Beers y AMFI. Pero De Beers, como gran empresa, logró encajar el golpe y tras algunas transacciones se dirigió a Goma para comprar, por poco más de cinco millones de

dólares, los diamantes que le estaban destinados.

Kigali-Kampala-Bujumbura, lugares de contrabando

Como el resto de los recursos mineros de la República Democrática del Congo, el oro fue, durante más de tres décadas, objeto de negocios intensos que beneficiaron a las elites del régimen de Mobutu Sese Seko. No hace tanto tiempo, sirvió al esfuerzo de guerra de la AFDL. Centenares de kilos atravesaban las fronteras de forma ilegal para llenar los despachos de los países vecinos, llamados zonas de libre cambio, y sobre todo a Bujumbura (antiguo punto de salida del contrabando de Kabila), hasta la imposición del embargo decretado por los países limítrofes de Burundi, a finales de julio de 1996, tras el golpe de Estado de Pierre Buyoya.

El fraude no ha cesado desde entonces, simplemente ha cambiado de rumbo y de destinatarios. Los contrabandistas del oro congoleño se encuentran actualmente en Kigali y en Kampala; por este motivo, a pesar de su entendimiento ideológico, las relaciones entre Ruanda y Burundi se han enfriado levemente. Kigali siempre se ha aprovechado de la mala gestión y de la tormentosa situación en la región oriental de la República Democrática del Congo. Desde un punto de vista mineralógico, Ruanda tiene los mismos minerales que el Kivu, pero a una escala significativamente menor; de esta manera, al organizar y gestionar su pequeña producción, atrae todo el contrabando de la región. Aunque las reservas de casiterita son escasas o bastante desconocidas en Ruanda, el mineral de estaño fue, hasta 1989, el tercer mayor producto de exportación tras el café y el té. En 1980, la casiterita suponía un 23% de los ingresos totales por exportaciones del país, y un 5% de este 23% provendría del contrabando.

A partir de 1985, tras el deterioro de los precios del estaño en los mercados mundiales, los ingresos han retrocedido hasta representar sólo el 7% de las exportaciones, ya que los traficantes de Uganda, Zaire y Burundi abandonaron la casiterita en favor de la búsqueda de oro. Como en el norte de Katanga, en Ruanda y Burundi se explotan, desde hace más de cincuenta años, minerales de los que se habla poco, pero que tienen una importancia relativamente grande, sobre todo cuando intervienen como apoyo a yacimientos de importancia: es el caso del wolframio (mineral del tungsteno) de Nyakabingo en Shyorongi, en Ruanda, que sería uno de los yacimientos más importantes en África pero con un gasto de explotación demasiado elevado. Lo mismo ocurre con la columbita-tantalita (coltan) de Rwinkwavu o con la de Manono en la RDC. Lo mismo es cierto para el berilio en Ruanda y en Burundi o para el níquel y la turba, pero los yacimientos conllevan unos gastos demasiado elevados que ahuyentan a los inversores avisados.

El eje Kisenge-Manono-Rwinkwavu, vía Bujumbura, habría servido durante la II Guerra Mundial para trasladar, por transporte aéreo, manganeso y coltan hacia Bélgica, para fabricar las corazas de los tanques y los vehículos blindados. La industria minera de Burundi y Ruanda representa un papel ínfimo en sus economías, pero “El Dorado” que supone su vecino occidental, la República Democrática del Congo, hace de ellos, de momento, países ricos en oro y diamantes. Entre 1998 y 1999, Ruanda vendió al menos 2,5 toneladas de oro a Bélgica. La guerra en la República Democrática del Congo se financia con sus propias riquezas mineras. Pero ésta “auto-financiación” se debe, evidentemente, a un acuerdo entre las instituciones bancarias de los países invasores y de los países “encubridores”, que apoyan a las facciones

gubernamentales y a la rebelión “congolesa”.

Conclusión

La región de los Grandes Lagos de África está en el punto de mira de las empresas mineras transnacionales. Algunos hechos importantes podrían asegurar, de manera duradera, el subdesarrollo económico y político de la región.

Las privatizaciones, iniciadas por los regímenes anteriores y continuadas por aquellos que se encuentran actualmente en el poder, suponen para estas transnacionales oportunidades inéditas. Las enormes reservas mineras y petrolíferas de África central podrían tener repercusiones sobre el mercado mundial de algunos minerales, así como sobre la salud económica de las empresas escogidas. Por este motivo las “pequeñas” empresas no dudan en negociar con los “rebeldes” para asegurarse una posición ventajosa antes de que finalice la guerra y proponen que las negociaciones tengan lugar inmediatamente después. Las grandes transnacionales, en su mayoría, se mantienen más alejadas a la espera de que se resuelva el tema de la legitimidad de los poderes, según los códigos de conducta de varias organizaciones financieras internacionales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Estas transnacionales también esperan a conocer algo mejor la actitud de los nuevos dirigentes. Estos nuevos regímenes tienen actitudes ambiguas. Por una parte hacen llamamientos para que las empresas privadas presenten sus solicitudes para conseguir contratos y, por otra, no se lo piensan dos veces cuando llega el momento de nacionalizar empresas privatizadas justo antes de su llegada al poder. Una vez instaurada la paz y establecidas las reglas del juego político, bajo la autoridad y los “consejos” de las organizaciones financieras internacionales, se iniciará otra guerra: la de las transnacionales, que se pelean por el reparto de los recursos mundiales. Así debe interpretarse el “ruido” mediático levantado sobre la guerra en la República Democrática del Congo y el papel desempeñado por los diplomáticos británicos, estadounidenses, belgas, egipcios, franceses, libios, namibios, surafricanos, zambianos y de Zimbabwe, en esta crisis en la región de los Grandes Lagos.

Las necesidades de inversión para lograr sacar a la región de su ruinoso estado actual no ofrecerán grandes márgenes de maniobra a sus nuevos dirigentes en las negociaciones con las empresas internacionales. Éstas, más interesadas en el rápido rendimiento bursátil que en el desarrollo social, volverán a situar a los países de los Grandes Lagos y especialmente a la República Democrática del Congo en la época de “la África de los asentamientos comerciales”. Esta perspectiva muy real ha llevado al profesor Jef Matton, especialista en la economía de la RDC, a reclamar que las empresas transnacionales mineras sean llamadas al orden por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para que desarrollen una labor social, aunque sea mínima. Pero, ¿quién controla a los grupos de presión que influyen en las organizaciones mundiales, en la AMFI o en los pueblos empobrecidos de África?

A pesar del estado caótico en el que encuentran sus países, estos nuevos líderes prometen pagar la deuda externa para poder acceder a los fondos necesarios para la reconstrucción de sus países. Se están ejerciendo presiones muy fuertes sobre ellos. Además, para intentar sacar a sus países de su estado actual se privan de una parte importante de los beneficios de la exportación de sus recursos antes incluso de haber-

los percibido, y entretanto están involucrados en largas negociaciones con el FMI y el Banco Mundial para escalar la deuda y los programas de reestructuración nacional. Se ven obligados a incorporarse a la economía de mercado global y a aceptar sus condiciones, a menudo en perjuicio de la población.

La primera condición que exigen estos grupos financieros es la estabilidad, es decir, que en estos países haya hombres fuertes en el poder. Esta estabilidad no es necesariamente sinónimo de democracia ni de desarrollo sino, ante todo, de ausencia de guerra en los sectores mineros. Incluso si el país está bajo un régimen despótico o fascista, lo importante para los grandes financieros es que prosperen sus capitales, sin tener en cuenta a la población.

Propuesta de solución

Rigoberta Menchú, premio Nobel de la Paz en 1992, en un seminario sobre la paz en Colombia realizado el 6 de septiembre de 1999, manifestó que “para presentar propuestas viables, es requisito escuchar a todas las partes que participan en un proceso de paz. Si no se tiene acceso a todas las partes, hay que crear los lazos necesarios hasta lograrlo; de este modo empieza a nacer una cierta armonía que más adelante dará sus frutos...”.

La solución para alcanzar la paz, la estabilidad política y la prosperidad en los Grandes Lagos sería una especie de Plan Marshall para África central. En él participaría toda la comunidad internacional y todos los pueblos de la región serían informados y preparados para seguir las reglas de la democracia, además del respeto de los acuerdos internacionales y demás valores humanos. Las riquezas mineras de la RDC deberían canalizarse hacia la financiación de este “Plan Marshall para África central”, en lugar de servir para financiar la guerra.

El peso de este esfuerzo debería descansar sobre aquellos que tienen la fuerza militar y financiera. Habría que aceptar las diferentes condiciones sociopolíticas de la población y la primera exigencia sería elegir a los dirigentes de forma democrática (dirigentes que deberían ser interlocutores válidos ante las transnacionales). Esto limitaría el poder de las empresas para devolverlo, al menos en parte, al pueblo. Si los pueblos llamados civilizados no reaccionan a tiempo, la población de África central estará condenada a un destino similar al de los indios sioux, los apaches y otros pueblos indígenas de Norteamérica y otros lugares; poblaciones perseguidas por los hombres de negocios estadounidenses y que se convertirían, con el tiempo, en una especie más en vías de desaparición.

Traducción del francés: Leandro Nagore.